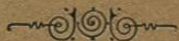


dose y palpitando como los labios de una herida. De su vivo seno fluían líquidas gotas, que empezaron á caer lentamente, con centelleo de rubíes, y que salpicaron el suelo todo alrededor del estudiante.—“¡Ahora veo que son verdaderas llagas!”—gimió Agustín sin poder bajar las pupilas. Una gota más gruesa, roja, resplandeciente, descendía de la llaga central, y despaciosa, pesada como plomo, vino á rebotar sobre la frente del estudiante...

.....  
Hace bastantes años que viste el sayal, habiéndose dejado en el mundo, para que otros los recojan, versos, devaneos, libros de Strauss y Buchner, naipes y risas. Alguna vez, en la portería de Valcelesté, le he preguntado, á fin de animarle y ver qué contesta:

—Padre, ¿se acuerda del *cinco de copas*?



## TEMPRANO Y CON SOL...

EL empleado que despachaba los billetes en la taquilla de la estación del Norte no pudo reprimir un movimiento de sorpresa cuando la infantil vocecica pronunció, en tono imperativo:

—¡Dos de primera... á París!...

Acercando la cabeza cuanto lo permite el agujero del ventano, miró á su interlocutora, y vió que era una morena de once á doce años, de ojos como tinteros, de tupida melena negra, vestida con rico y bien cortado ropón de franela inglesa roja, y luciendo un sombreroillo jockey de terciopelo granate que la sentaba á las mil maravillas. Agarrado de la mano traía la señorita á un caballereito que representaba la misma edad sobre poco más ó menos, y también tenía trazas en su semblante y atavío de pertenecer á muy distinguida clase y á muy acomodada familia. El chico parecía azorado: la niña, alegre, con nerviosa alegría. El empleado sonrió á la gentil pareja, y murmuró como quien da algún paternal aviso:

—¿Directo ó á la frontera? A la frontera... son ciento cincuenta pesetas, y...

—Ahí va dinero—contestó la intrépida seño-



rita, alargando un abierto portamonedas. El empleado volvió á sonreír, ya con marcada extrañeza y compasión, y advirtió:

—Aquí no tenemos bastante...

—¡Hay quince duros y tres pesetas!—exclamó la viajera.

—Pues no alcanza... Y para convencerse, pregunten Vds. á sus papás.

Al decir esto el empleado, vivo carmín tiño hasta las orejas del galán, cuya mano no había soltado la damisela, y ésta, dando impaciente patada en el suelo, gritó:

—¡Bien... pues entonces... un billete más barato!

—¿Cómo más barato? ¿De segunda? ¿De tercera? ¿A una estación más próxima? ¿Escorial, Avila...?

—¡Avila, sí... Avila... justamente, Avila...!—respondió con energía la del rojo balandrán. Dudó el empleado un momento; al fin se encogió de hombros como el que dice: "¿A mí qué? ya se desenredará este lío;," y tendió los dos billetes, devolviendo muy aligerado el portamonedas...

Sonó la campana de aviso; salieron los chicos disparados al andén; metieronse en el primer vagón que vieron, sin pensar en buscar un departamento donde fuesen solos; y con gran asombro del turista británico que acomodaba en un rincón de la red su balija de cuero, al verse dentro del coche se agarraron de la cintura y rompieron á bailar...

.....

¿Cómo principió aquella pasión devoradora, frenética, incendiaria? ¡Ah! Los orígenes primeros de lo grave y trascendental en nuestra vida, son insignificantes menudencias, pequeñas miserias, átomos morales que se asocian en un torbellinito molecular, y, á fuerza de dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo, el torbellino se redondea, se solidifica, adquiere forma, toma la consistencia del diamante... No desconfiéis nunca en la vida de las cosas grandes, que se presentan con imponente aparato; esas ya avisan, y hay medio de precaverse: temed á las tentaciones menudas, á los peligros sutiles é insidiosos. Toda la teoría de los microbios, hoy admitida, ¿qué es sino demostración de la importancia capital de lo infinitamente pequeño?

La pasión empezó, pues, del modo más sencillo, más inocente y más bobo... Empezó por una manía... Ambos eran coleccionistas. —¿De qué? Ya lo podéis presumir, vosotros los que frisáis en la edad de mis héroes. La afición á coleccionar suele desarrollarse entre los cuarenta y los sesenta: apenas he visto un bibliómano joven, y las tiendas de los chamarileros son más frecuentadas por señores respetables que por alegres mozos. Hay, sin embargo, una excepción á esta regla general, y es la chifladura por reunir sellos de correos. Sin que yo niegue que pueden padecerla muy graves personajes, la verdad es que el período en que suele hacer estragos es la etapa comprendida entre los diez y los quince. Y en ese lustro auroral que separa la edad del trompo y la cuerda de la edad del



pavo, vivían mis dos enamorados fugitivos del tren.

Ya se ha dicho que su Galeoto, el libro de Lanzarote y Ginebra donde bebieron la ponzoña amorosa, fué el coleccionismo, la manía de la filatelia, común á entrambos. El papá de Serafina, llamada Finita, y la mamá de Francisco, llamado Currín, se trataban poco; ni siquiera se visitaban, á pesar de vivir en la misma opulenta casa del barrio de Salamanca: en el principal el papá de Finita, y en el segundo la mamá de Currín. Currín y Finita, en cambio, se encontraban muy á menudo en la escalera, cuando él iba á clase y ella salía para su colegio; pero valga la verdad: ni habrían reparado el uno en el otro, si no fuera porque cierta mañana, al bajar las escaleras, Currín notó que Finita llevaba bajo el brazo un objeto, un libro encuadernado en tafíete rojo... ¡libro tantas veces codicia lo y soñado por él! “¡Me debía haber comprado mamá uno así, carambita! En cuanto me examine y saque nota, ya me lo está comprando. ¡No faltaba más! El mío es una porquería...” De esto á rogar á Finita que le enseñase el magnífico álbum de sellos, mediaba un paso. Finita, en el mismo descanso de la escalera, accedió á los ruegos de Currín: pusieron el álbum sobre la repisa de la ventana, y se dieron á hojearlo con vivacidad. — “Esta página es del Perú... Mira los de las islas Hawai... Tengo la colección completa...”

Y desfilaban los minúsculos y artísticos grabados con que cada nación marca y autoriza

su correspondencia; los aristocráticos perfiles de las dinastías sajonas, que se desdeñan de mirarnos á la cara, y las burguesas y honradas fisonomías de los presidentes de Estados americanos, siempre de frente; la república francesa, con sus dos airosas figuras que se dan la mano, y el reyecillo español, con su redonda cabeza de bebé; los sellos chinos y su dragón, los turcos y su cimitarra; Don Carlos, recuerdo de nuestras vicisitudes políticas, y Don Amadeo, efímera memoria de la misma agitada época; los preciosos sellos de Terranova, con la testa entonces ideal del príncipe de Gales, y los fastuosos sellos de las colonias británicas, en que la abuelita Victoria aparece de emperatriz... Currín se embelesaba y chillaba de vez en cuando dando brincos: “¡Ay! ¡Ay! ¡Caracoles, qué bonito! Este no lo tengo yo...” Por fin, al llegar á uno muy raro, el de la república de Liberia, no pudo contenerse: “¿Me lo das?” — “Toma,” — respondió con expansión Finita. — “Gracias, hermosa,” — contestó el galán; — y como Finita, al oír el requiebro, se pusiese del color de la cubierta de su álbum, Currín reparó en que Finita era muy mona, sobre todo así, colorada de placer y con los negros ojos brillantes, rebosando alegría. “¿Sabes que te he de decir una cosa?” — murmuró el chico. — “Anda, dime-la,” — “Hoy no,” — La doncella francesa que acompañaba á Finita al colegio, había mostrado hasta aquel instante risueña tolerancia con la digresión filatélica; pero parecióle que se prolongaba mucho, y pronunció un “Mademoiselle, s’il vous



plañ „, que significaba: “Hay que ir al colegio rabiando ó cantando, conque... una buena resolución.”

Currín se quedó admirando su sello... y pensando en Finita. Era Currín un chico dulce de carácter, no muy travieso, aficionado á los dramas tristes, á las novelas de aventuras extraordinarias, y á leer versos y aprenderse los de memoria. Siempre estaba pensando que le había de suceder algo raro y maravilloso; de noche soñaba mucho, y con cosas del otro mundo ó con algo procedente de sus lecturas. Desde que coleccionaba sellos, soñaba también con viajes de circunnavegación y países desconocidos, á lo cual contribuía mucho el ser decidido admirador de Julio Verne... Aquella noche realizó dormido una excursioncita breve... á Terranova, al país de los sellos hermosos. Mejor dicho, no era excursión, sino traslado instantáneo; y en una playa orlada de monolitos de hielo, que alumbraba una aurora boreal, Finita y él se paseaban muy serios cogidos del brazo...

Al otro día, nuevo encuentro en la escalera. Currín llevaba duplicados de sellos para obsequiar á Finita. En cuanto la dama vió al galán, sonrió y se acercó con misterio. “Aquí te traigo esto...” —balbuceó él...— Finita puso un dedo sobre los labios, como para indicar al chico que se recatase de la francesa; pero constándole á Currín que no había en el obsequio de los sellos malicia alguna, fué muy resuelto á entregarlos. Finita se quedó, al parecer, algo chafada; sin

duda esperaba otra cosa; y llegándose vivamente á Currín, le dijo entre dientes:

—¿Y... y aquello?

—¿Aquello...?

—Lo que me ibas á decir ayer...

Currín suspiró, se miró á las botas, y salió con esta pata de gallo:

—Si no era nada...

—¡Cómo nada! —articuló Finita furiosa.— ¡Pareces memo de la cabeza! Nada, ¿eh?

Y el muchacho, dando tormento al rey Leopoldo de Bélgica que apretaba entre sus dedos, se puso muy cerquita del oído de la niña, y murmuró suavemente: “Sí, era algo... Quería decirte que eres... ¡más guapita!.” Y espantado de su osadía, echó á correr escalera abajo, y del portal salió en volandas á la calle.

Al otro día, Currín escribió unos versos (poseo el original) en que decía á Finita:

Nace el amor de la nada;  
De una mirada tranquila;  
Al girar de una pupila  
Se halla un alma enamorada...

Endeblitos y todo, graves autores aseguran que Currín los sacó de un libro que le prestó un compañero... Mas ¿qué importa? El caso es que Currín se sentía como lo pintaban los versos: enamorado, atrozmente enamorado... No pensaba más que en Finita; se sacaba la raya esmeradamente, se compró una corbata nueva, y suspiraba á solas.

Al fin de la semana eran novios en regla. La



doncella francesa cerraba los ojos... ó no veía, creyendo buenamente que allí se hablaba de sellos, y aprovechaba el ratito charlando también de lo que le parecía con su compatriota el cocinero...

Cierta tarde creyó el portero que soñaba, y se frotó los ojos. ¿No era aquella la señorita Serafina, que pasaba sola, con un saquillo de piel al brazo? ¿Y no era aquel que iba detrás el señorito Currín? ¿Y no se subían los dos á un coche de punto, que salía echando diablitos? ¡Jesús, María y José! ¡Pero cómo están los tiempos y las costumbres! ¿Y á dónde irán? ¿Aviso ó no aviso á los padres? ¿Qué hace en este apuro un hombre de bien? ¿Me recibirán con cajas destempladas... ó caerá una propinaza de las gordas?

.....  
—Oye tú—decía Finita á Currín apenas el tren se puso en marcha.—Avila, ¿cómo es? ¿Muy grande? ¿Bonita lo mismo que París?

—No...—respondió Currín con cierto escepticismo amargo.—Debe de ser un pueblo de pesca.

—Pues entonces... no conviene quedarse allí. Hay que seguir á París. Yo quiero ver París á todo trance; y también quiero ver las Pirámides de Egipto.

—Sí...—murmuró Currín, por cuya boca hablaban el buen sentido y la realidad—pero... ¿y los monises?

—¿Los monises?—contestó remedándole Finita.—Eres más bobo que el que asó la manteca. ¡Se pide prestado!

—¿Y á quién?

—¡A cualquiera!

—¿Y si no nos lo quieren dar?

—¿Y por qué, melón de arroba? Yo tengo reloj que empeñar. Tú también. Empeño además el abrigo nuevo: me va asando de calor. No sirves para nada... ¡Escribimos á papás que nos envíen... un... un bono... no, una letra! Papá las está mandando cada día á París y á todas partes.

—Tu papá estará echando chispas... Nos mandará un demontre!... Como mi mamá... ¡La hicimos, Finita!... No sé qué será de nosotros.

—Pues se empeña el reloj, y en paz... ¡Ay! ¡Lo que nos divertiremos en Avila! Me llevarás al café... y al teatro... y al paseo...

Cuando oyeron cantar "¡Avila! ¡Veinticinco minutos!...", saltaron del tren, pero al sentar el pie en el andén, se quedaron indecisos, aturullados. La gente salía, se atropellaba hacia la fonda, y los enamorados no sabían qué hacer. "¿Por dónde se va á Avila?", preguntó Currín á un *faquino*, que viendo á dos niños sin equipaje, se encogió de hombros y se alejó. Por instinto se encaminaron á una puerta, entregaron sus billetes, y asediados por un solícito mozo de fonda, se metieron en el coche, que los llevó á la del Inglés...

Acababa de recibir el señor gobernador de Avila telegrama de Madrid, "interesando la captura" de la apasionada pareja. Era urgentísimo el aviso, y delataba la situación moral de una familia sumida en la angustia y la desesperación,—



mejor dicho, dos familias debían de ser las des-  
esperadas.—La captura se verificó en toda regla,  
no sin risa por un lado y declamaciones sobre  
lo que “cunde la inmoralidad,” por otro. Los  
fugitivos fueron llevados á Madrid, y, acto  
continuo, Finita quedó internada en las *Dames anglaises*, y Currín en un colegio de  
donde no se le permitió salir en un año, ni aun  
los domingos. Con motivo del trágico suceso,  
el papá de Finita y la mamá de Currín se rela-  
cionaron, y conferenciaron largo y tendido,  
quedando acordes en que era preciso “echar  
tierra,” “desorientar la opinión...,” “hacer la  
conspiración del silencio...”. Con tal motivo, el  
papá de Finita reparó en lo bien conservada  
que estaba la mamá de Currín, y ésta notó en  
el banquero excelentes condiciones de hombre  
práctico en los negocios y de caballero galán  
con las damas. Su amistad se consolidó, y hay  
quien cree que se visitan á menudo. No se pre-  
sume, sin embargo, que jamás se hayan esca-  
pado juntos... ¿Para qué?

## LAS DOS VENGADORAS

AL CONDE LEÓN TOLSTOY

HABÍA un hombre muy perseguido, no tanto  
por la suerte, como por los demás hombres  
sus prójimos, y especialmente por los que de-  
bieran profesarle cariño y tenerle ley. No pare-  
cía sino que, por negra fatalidad, á Zenón—que  
así se llamaba—toda miel se le volvía hiel, ó,  
mejor dicho, ponzoña. Sus hermanos, que eran  
dos, se concertaron para despojarle de la heren-  
cia paterna y le dejaron en la calle, sin más ro-  
pa que la puesta, sin techo ni lumbre. Casóse, y  
su mejor amigo le afrentó públicamente con su  
mujer; y como si no bastase, la vil pareja le  
acusó de falsario y forjó pruebas contra él, y  
logró que le sentenciasen á presidio, donde, ino-  
cente, arrastró largo tiempo el grillete de los  
criminales.

Aunque Zenón tenía al principio el alma  
abierta y generosa, el carácter noble y suma  
bondad, las traiciones, persecuciones y calum-  
nias, el deshonor, los ultrajes y los desengaños



fueron ulcerando su espíritu y cambiando su ser de tal manera, que en vez de resignarse y perdonar, como perdonó el Maestro, sintió poco á poco crecer en su corazón un espantable deseo, una sed ardentísima de venganza. Ya no ansiaba cumplir el tiempo de su condena por ser libre y volver á la sociedad, sino por buscar ocasión de saciar la ira que gota á gota había ido destilando. Pasábase las noches en vela fraguando planes que ejecutaría al punto de terminarse su cautiverio. Con paciencia, hilo á hilo, iba tejiendo la trama, y restregándose las manos gozoso, decía para sí: "Hoy salgo y mañana vuelvo á la prisión, pero de esta vez vuelvo *por algo*, por haber pagado á mis enemigos con usura el mal que me hicieron. Inocente me encerraron aquí, y otra vez me encerrarán culpable, pero habiendo saboreado las delicias del desquite. Véngume yo, y álcese el patíbulo después."

Cumplió Zenón su tiempo y salió de las cárceles, resuelto á poner por obra sus airados propósitos. Lo primero que determinó fué pegar fuego á la casa solariega que le pertenecía y de donde sus hermanos le habían expulsado con dolo. Aprovecharía las sombras de la noche, y disfrazado de pordiosero, oculto en un cobertizo, esperaríá á que todos se entregasen al descanso, obstruiría bien las cerraduras de puertas y ventanas, y cuando estuviesen en el descuido del primer sueño, prendería las virtas impregnadas de resina, á fin de que todo ardiese como yesca. Así que las llamas subiesen

muy altas y los clamores de los encerrados fuesen extinguiéndose (lo cual probaría que ya los tenía asfixiados el humo), Zenón huiría, yendo á introducirse secretamente en su propia casa, donde la falsa mujer y el mal amigo estarían juntos. Zenón conocía bien las entradas y salidas y podía deslizarse y esconderse sin ser observado de nadie. Compró un puñal, porque á estos deseaba verles morir y saborear las convulsiones de su agonía.

Así que se puso el sol, vistió sus ropas de mendigo, y apoyado en un palo tomó el camino de la casa que pensaba incendiar. Caminaba como el Destino, entre tinieblas más densas cada vez, cuando á una revuelta de la carretera advirtió cierta claridad misteriosa que alumbraba vivamente el paisaje, y se le aparecieron, juntas y cogidas de la mano, dos mujeres que formaban singular contraste.

Una era amarilla, escuálida, tan escuálida, que los huesos se entreparecían bajo la seca piel: tenía palmas de esqueleto, y al través de los polvorientos crespones negros que la cubrían, se notaba que carecía de seno y de toda redondez femenil; con la mano derecha empuñaba y esgrimía reluciente hoz.—La otra mujer era lozana, mórbida, colorada, blanca, y de un rubio encendido los cabellos: vestía gasas de mil colores, rojo, verde, rosa, azul, aunque pegada al cuerpo llevaba una túnica negrísima. Zenón miraba á las dos apariciones, como preguntando qué le querían, hasta que ambas dijeron á una voz: "Somos las Vengadoras y nos



presentamos para que elijas, entre las dos, la que creas más eficaz.”

—Yo—añadió la mujer escuálida—me llamo Muerte, y soy por ahora tu preferida. Has apelado á mí para vengarte de tus enemigos, y tienes resuelto carbonizar á los unos y coser á puñaladas á los otros. Heme aquí dispuesta á complacerte sin tardanza; así como así, poco trabajo me cuesta darte gusto, porque es cuestión de adelantar los sucesos: año arriba ó abajo, tus enemigos no podrán librarse de esta hoz que empuño.

—Escucha—intervino la lozana mujer;—antes de que te entregues á mi hermana, que te engatusará por lo sencillo y expeditivo de los recursos que emplea, atiéndeme á mí, y de seguro que yo seré la elegida. Para convencerte no necesito sino enseñarte los cuadros de mi linterna mágica. Abre los ojos, y mira bien.

Zenón miró, y sobre el fondo blanco del paño que extendía la mujer hermosa, vió agitarse las siluetas de sus aborrecidos hermanos. El menor echaba á hurtadillas una pulgarada de polvos blancos en la taza del mayor, y el mayor, después de haber bebido lo que contenía la taza, caía al suelo entre horrendas convulsiones; pero no moría; arrastrábase largo tiempo apoyado en un báculo, y en cada plato que le servía el menor, mezclaba nuevo tósigo, hasta que el envenenado se iba quedando imbécil, reducido á la idiotéz, y abandonado de todos y cubierto de miseria espiraba en un rincón. Así que moría, su espectro comenzaba á aparecerse en sue-

ños al culpable, á quien Zenón veía erguirse en la cama, trémulo, con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas. Cambió de personajes la linterna, y se destacaron las siluetas de la esposa y del amigo de Zenón: ella siguiendo á su querido como la sombra al cuerpo, abrasada en celos rabiosos, él procurando huir, lleno de hastio, de aquella amante ya marchita por la edad y las pasiones. Escondiase él, ó se pasaba el día en casa de otras mujeres, y ella lloraba, y sus lágrimas eran como gotas de fuego que abrasaban el paño donde caían. Ya cansado de que le espiasen y le acusasen, él se volvió, y Zenón fué testigo de cómo el seductor de su mujer la ponía en el rostro la mano...

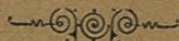
—Esta será mi obra—pronunció la Vida solemnemente—si no se atraviesa mi hermana y me apaga la linterna. Ahora, tú dirás, Zenón, cuál de nosotras dos te conviene para Vengadora. ¿Sigues con el propósito de incendiar y acuchillar? ¿Quieres que te ayude la Muerte?

—No—respondió Zenón, que se limpió una lágrima.—Si la crueldad y el odio aún persistiesen en mí, lo que pediría á tu hermana sería que tardase muchos, muchos años en pasar el umbral de mis enemigos, y que te dejase á ti paso franco.

—Con tanta más razón—dijo irónicamente la Muerte, algo despechada, pues al fin es mujer, y no gusta de que la desairen—cuanto que yo, tarde ó temprano, no he de faltar, y que en mi danza general todos harán mudanza, sin que les valgan excusas.



.....  
 Zenón escribió á sus enemigos para advertir-  
 les que les perdonaba, y se retiró á un desier-  
 to, donde vive cultivando la tierra y sin querer  
 ver rostro humano.



## LA MARIPOSA DE PEDRERÍA

ERASE que se era un mozo muy pobre, y vi-  
 vía en una guardilla de las más angostas y  
 desmanteladas de la gran capital. Los muebles  
 del tugurio se reducían á dos sillas medio des-  
 fondadas, un catre con ratonado jergón, una  
 mesilla mugrienta, un tintero roñoso y un ana-  
 fre comido de orín. El mozo—á quien llamaré  
 Lupercio—cubría sus carnes con traje sutil de  
 puro raído y capa ya transparente. Las botas,  
 entreabiertas; por ropa blanca, cuatro andra-  
 jos de lienzo; por corbata, un pingo. Así es que  
 Lupercio sufría grandes fatigas y rubores, y  
 cuando al salir á la calle para comprar un pa-  
 necillo ó diez céntimos de leche se cruzaba con  
 alguna niña bonita, limpia y bien puesta, ar-  
 diente oleada de fuego le subía al rostro.

Para evitar el bochorno de que las mujeres  
 se fijasen en su pergeño, sólo salía al anoche-  
 cer, cuando es más fácil pasar inadvertido en-  
 tre la gente que por las calles se codea y empu-  
 ja. Entonces Lupercio, llevado por la marejada  
 del gentío, veía y hasta rozaba cuerpos gallar-



dos, recibía el rayo de fulgurantes pupilas, sentía el roce eléctrico de la seda crujidora, y aspiraba bocanadas de finas esencias. Sus ojos ávidos seguían al tren de lujo, maceta de donde emergen, blandamente columpiadas, aristocráticas flores. Detrás de los vidrios de las tiendas alzábanse pirámides de botellas de vinos generosos, y la luz se filtraba al través de su vientre con reflejos de oro y de sangre. Otros escaparates presentaban el libro nuevo, gentil, de lustrosa cubierta, ó el rancio infolio, clave del pasado. Y Lupercio temblaba de fiebre, de ansia de amar, de gozar, de aprender, de vivir.

Una noche subió á su guardilleja más calenturiento que nunca. Encendió mortecina lámpara, abrió la ventana para que el tabuco se ventilase, y dejando caer la cabeza sobre la mano, poco tardó en rezumar por entre sus dedos lágrima abrasadora. Alzó la frente, miró al anafre, y se le ocurrió que en él estaba el remedio de cuantos males hay en el mundo. Estas cosas, lector amigo, de cien veces que se piensen, dígame en verdad que no se hacen una. Lupercio, que realmente estaba triste, triste hasta morir, de pronto cogió la pluma, la sepultó en el roñoso tintero, la paseó sobre un fragmento de papel... y salieron renglones desiguales, los primeros que había compuesto nunca. Cuando terminó la composición, ó lo que fuese, el mozo vió, á la luz de la mortecina lámpara, posado sobre su tintero un insecto extraño, fúlgido, ¡deslumbrador, — una mariposa de pedrería.

Su abdomen era de una perla oriental; de esmeraldas su corselete; sus alas de rubíes y brillantes, y al remate de sus antenas temblaban, como gotas de rocío, dos cristalinos solitarios de incomparable pureza. Lo más encantador de la mariposa es que, siendo de pedrería, estaba viva, pues al tender Lupercio la mano para cogerla, voló la mariposa y fué á posarse más lejos, á la orilla de la mesa. El mozo se quedó sobrecogido; si se empeñaba en cogerla, de fijo que la mariposa huiría por la ventana abierta. Renunciando á perseguir al resplandeciente insecto, Lupercio se contentó con admirarlo.

La mariposa tenía, sin duda alguna, luz propia, porque apartada de la escasa de la lámpara, centelleaba más, proyectando irisados reflejos sobre toda la guardilla. Y es el caso que, á la claridad emanada de la mariposa, así se transformaba la vivienda de Lupercio, que no la conocería nadie. Invisibles tapiceros revistieran las paredes de telas, cuadros, espejos y colgaduras; del techo pendían arañas de veneciano vidrio, y cubría el suelo alfombra turquesca de tres dedos de gordo. ¡Qué metamorfosis! En las gorgonas de Murano se deshojaban rosas: sobre un velador árabe tentaban el apetito frutas, dulces y refrescos; blandas melodías de laúd acariciaban el aire; y abriéndose sutilmente la puerta, una mujer, digo mal, una diosa, envuelta en gasas tenues y sin más tocado que las rubias hebras del febeo cabello, se adelantó, tomó del velador una granada entreabierta, reventando en granos de púrpura, y se la ofreció á



Lupercio con lánguida sonrisa... Todo este misterio duró hasta que la mariposa, desde el borde de la ventana, alzó su vuelo, perdiéndose en la obscuridad de la noche.

Aunque al volar la mariposa de pedrería la guardilleja volvió á su pristina y natural fealdad, miseria y desaliño, desde aquel día Lupercio no pensó en la muerte. Tenía un interés, una espezanza: que repitiese su visita la encantada bestezuela. Y la repitió, en efecto, al conjuro de la pluma mojada en tinta y los renglones desiguales. Volvió la mariposa, y esta vez convirtió la guardilla en jardín tropical, poblado de naranjos y palmeras, donde vírgenes africanas ofrecían á Lupercio agua fría en ánforas rojas estriadas de plata y azul.—Así que se habituó á responder al conjuro, la mariposa fué transformando la mansión de Lupercio, ya en gruta oceánica, con náyades, corales y espumas, ya en bahía polar que alumbra boreal aurora, ya en patio de la Alhambra, con arrayanes y fuentes de mármol, donde se leen versículos del Korán, ya en camarín gótico, dorado como un relicario...

Mientras tanto, un periódico imprimía los versos de Lupercio (porque versos eran—ya es hora de confesarlo—), y poco á poco los fué conociendo, estimando y luego admirando el público. Tras la admiración y el aplauso del público vino la envidia de los rivales, la curiosidad de los poderosos y la protección de algunos más inteligentes; con la protección, un poco de bienestar; luego algo que pudiera llamarse desaho-

go, y, por último, una serie de felices circunstancias,—herencia, lotería, negocios,—la riqueza. Lupercio vivió, amó, gozó, rodó en carruaje al lado de pulcras damiselas, con trajes de seda de eléctrico roce... y no necesito decir que, impulsado por el aura de la fortuna, fué bajando, primero de su guardilla al piso segundo, después, del segundo al primero, hasta que resolvió construir para su residencia un lindo palacio, á orillas del mar, en Italia. Había en él jardines, salones, tapicerías, brocados, alfombras, objetos de arte, en suma, cuanto pudo soñar Lupercio en la guardilla de los años juveniles.

Sin embargo, su mujer, sus hijos, sus amigos, sus criados, le veían cabizbajo, abatido, deshecho, y notaban que de día en día se iba agriando su carácter, y ennegreciéndose su humor, y rebosando en él tedio y hastío. Nadie se explicaba el cambio, porque nadie sabía que la mariposa de piedras, la maga de la guardilla, la que también había frecuentado el piso segundo y honrado alguna que otra vez el principal, no se dignaba apoyar sus patitas de esmalte en el reborde de las ventanas del palacio, abiertas siempre, en verano como en invierno, para darle franca la entrada.

Lupercio se ponía de pechos en la rica balconada de mármol que dominaba el jardín, y desde la cual se divisaba la extensión del golfo de Nápoles y se oía el murmurio de sus aguas, y miraba á las estrellas por sí de alguna iba á bajar la mariposa; pero las estrellas titilaban in-



diferentes, y de mariposa, ni rastro. Lupercio abría á centenares botellas de generosos vinos—de aquellos que en la mocedad le tentaban como un sueño irrealizable,—y en el fondo espumoso del cristal no dormía la mariposa tampoco. Lupercio comía granadas con algunas risueñas beldades muy aficionadas á la fruta, y tampoco en el seno de púrpura se ocultaba la mariposa maldita, la de las alas de rubíes...

¿Que si había muerto? ¡Para morir estaba ella! Sabe, ¡oh lector!, que las mariposas de pedrería son inmortales. Sólo que la tunanta no tenía ganas de perder el tiempo con gente machucha, y andaba transformando en palacio, jardín ó edén otro domicilio modesto, donde un mozo soñador garrapateaba no sé si verso ó prosa...



## EL RUIDO <sup>1</sup>

CAMILO de Lelis había conseguido disfrutar la mayor parte de los bienes á que se aspira en el mundo y que suelen ambicionar los hombres. Dueño de saneado caudal, bien visto en sociedad por sus escogidas relaciones y aristocrática parentela, mimado de las damas, indicado ya para un puesto político, se reveló á los veintiséis años poeta selecto, de esos que riman contados perfectísimos renglones y con ellos se ganan la calurosa aprobación de los inteligentes, la admirativa efusión del vulgo y hasta el venenoso homenaje de la envidia. Sobre la cabeza privilegiada de Camilo derramó la celebridad su unguento de nardo, y halagüeño murmullo acogió su nombre dondequiera que se pronunciaba. Abríase ante Camilo horizonte claro y extenso; la única nubecilla que en él se divisaba era tamaña como una lenteja. No obstante, el marino práctico la llamaría anuncio de tempestad.

Para comprender la trascendencia de la nu-

<sup>1</sup> El insigne escritor francés Julio de Goncourt pensó escribir un cuento sobre este asunto, pero no llegó á verificarlo. Perdóneseme lo atrevido de la sustitución.



becilla, conviene saber que la originalidad literaria de Camilo consistía en una tan delicada, refinada y exquisita construcción del período, que las palabras, engarzadas como eslabones de primorosa cadena de esmalte, se realizaban unas á otras y hacían música como de agua corriente ó de arpas estremecidas por el viento y que despiden sonos aéreos, prolongados y dulcísimos. El efecto que las rimas de Camilo producían en el lector era el de una vibración lenta y profunda, suave y embelesadora. Diríase que los tales versos nacían hechos, ordenados sin esfuerzo alguno por el instinto, como producto natural de la espontaneidad de un gran artista: mas lejos de ser así, Camilo de Lelis, premioso, exigente consigo mismo é idólatra de la forma pura, desdeñando por ella la realidad, dedicaba, no sólo á cada frase, sino á la elección de cada verbo, horas de reflexión, de trabajo mnemotécnico, repasando las palabras que más halagan el oído, buscando el adjetivo plástico que pone de manifiesto casi visiblemente la línea, el color y el relieve de los objetos, aunque no engendre el inefable y espiritual goce de sentir, pensar y soñar.

Ello es que al joven poeta le costaba sudor de sangre cada renglón. Y fué lo malo que, cuando se hubo embriagado con los elogios tributados á la factura de sus primeros poemas, aún refinó más la de los siguientes, y los cinculó con rabia, con encarnizamiento, encerrándose en su gabinete de estudio y negándose á salir, hasta para comer, mientras no encontrase el

efecto de sonoridad ó de dulzura que recreaba su oído de melómano. No tardó mucho en notar cómo le era imposible semejante labor en aquel pícaro gabinete, donde se oían todos los ruidos de la calle céntrica: paso de ómnibus y tranvías, que hacían retemblar las vidrieras; rodar atronador de coches, que imponían al pavimento viva y momentánea trepidación; pregones de verduleras, que rompían con entonaciones ásperas y guturales las cadencias de sílabas que arrullaban á Camilo; riñas callejeras; trotadas de caballo; rebuznos asnales y pianos mecánicos, más insufribles aún que los rebuznos. Al principio, estos ruidos importunaban al escritor, como importuna una sensación de conjunto, la bárbara irrupción de una murga, el vocerío de una feria; pero así que fijó su atención en el hecho de que la calle era bulliciosa, infernalmente estrepitosa, notó con angustia que cada ruido se destacaba de los demás y se precisaba y definía, obstruyéndole el cerebro y no permitiéndole tornear un solo verso. Los tranvías le pasaban por las sienas; los coches rodaban sobre su tímpano; los apremiantes pregones, los apasionados y rijosos rebuznos parecían feroces gritos de guerra; las tocatas de los pianos eran gatos de erizada pelambre, que sobre la mesa de escritorio bufaban enzarzados, ó trocaban mayadas ternezas.

Crispado y dolorido ya, Camilo de Lelis recordó que tenía dinero y podía permitirse el lujo de un estudio silencioso. Gastó varios días en recorrer la capital, hasta que en un barrio



límitrofe con el campo descubrió una casita ó más bien hotel, de estos á la malicia que ahora se usan, que por lo retirado del movimiento y tráfago de las calles y por el jardincillo que tenía al frente, pareció al artista el refugio que soñaba. Realizó la mudanza con apresuramiento febril; instaló sus libros, sus muebles tallados, sus cacharros, sus damasquinas armas y bordadas telas, — porque Camilo necesitaba verse rodeado de atmósfera de elegancia para trabajar, — y cuando todo estuvo en orden, antecogió las cuartillas y enristró la pluma. Apenas llevaba trazadas las tres estrellas, único título del poema que proyectaba, agitóse convulso en el sillón como si hubiese recibido eléctrica corriente. Era que de la calle desierta, abriéndose paso por entre las éticas lilas y los polvorientos *evónimus*, entraba una especie de gorjeo infantil, entrecortado de risas, de chillidos gozosos, de monosílabos palpitantes de curiosidad: en suma, la charla fresca de unos chicos que delante de la verja jugaban á la raiyuela con cascotes de teja, despojos de la tejera próxima.

El poeta se llevó las manos á las sienas, y poco después, como el parloteo de los gurriatos no cesaba, cogió el tintero y lo arrojó contra la pared, lo cual prueba que la cabeza de Camilo de Lelis empezaba á trastornarse. Sin embargo, resolvió esperar á la noche, hora del silencio, según todos los vates clásicos, y así que las tinieblas colgaron sus pabellones de créspón, he aquí que vuelve á llamar á la

musa... Y cuando mentalmente apareaba el consonante del primer verso con el del tercero, — como quien apareaba soberbias perlas para pendientes de una hermosa, — oyó otra vez rumor junto á la verja... No como antes, espontáneo, regocijado y bullicioso, sino reprimido, suave, tímido, dialogado, interrumpido de tiempo en tiempo por calderones que estremecían y exaltaban hasta el paroxismo el cerebro del que oía... ¡Dos enamorados! ¡Una pareja! ¡Allí! El poeta se puso á renegar del amor, lo mismo que si el arte no existiese por él y para él... Y á la mañana siguiente Camilo de Lelis tomaba el tren y buscaba en la soledad de una provincia retiro bronco, la guarida de una fiera montés.

Hallóla á medida del deseo. Era, en la vertiente de una montaña, un conventillo en ruinas, donde mandó hacer los reparos necesarios para dejarlo habitable. Encerróse allí sin más compañía que una anciana criada. Parecía aquello el mismo palacio del Silencio augusto y reparador; y el poeta, al entrar en su mansión romántica, suspiró de gozo, y se puso á escuchar las mudas armonías del desierto. — Cuando pensaba saborear la callada paz de la atmósfera, el canto de un gallo resonó, imperioso y clarísimo. ¡Aquí de Dios! Al punto se le retorció el pescuezo al gallo; pero el sacrificio fué estéril, y Camilo no tardó en convencerse de que el viejo conventillo era cien veces más ruidoso que las calles de la corte. Sordos arrullos de palomas torcaes; correrías de ratones por los desvanes oscuros; zumbido de



abejas que entraban por la ventana; coros de árboles agitados por el viento, y, sobre todo, el eterno plañir de la cascada, que desplomándose de lo alto de la roca al fondo del valle, deshecha en irrestañable llanto, inundaba de desesperación el alma del artista, ya reducido á la impotencia y presa en breve de la insania.

.....  
A los treinta años, casi olvidado de sus admiradores de un día, Camilo de Lelis espiraba en el manicomio. Su primera impresión, al encontrarse en el nicho, fué,—no se admire el lector,—de inmenso bienestar. Por fin habían cesado los malditos ruidos de la tierra, por fin su cerebro no sentía las horribles punzadas de agujas candentes y los tenazazos que por el oído llegaban á las últimas células de la sustancia gris... ¡Qué hermoso silencio absoluto, eterno, sin límites, como Océano extendido desde lo infinito terrestre á lo infinito celestial!

De pronto... ¡No, si no puede ser! ¿Se concibe que existan ruidos dentro de una tumba, que atraviesen las paredes de un nicho, la espesura de una caja de zinc y de un recio ataúd forrado de paño grueso? No se concebirá, pero lo cierto es que algo suena... Camilo de Lelis se estremece, quiere incorporarse, quiere gemir... El ruido que le quita las dulzuras del perenne reposo es la fermentación que comienza, son los gusanos, que no tardarán en pulular sobre su pobre cuerpo... ¡Tampoco el sepulcro está solitario, y el adorador de la pura é inalterable Forma encuentra en él á su enemiga la Vidal

## REMORDIMIENTO

CONOCI en su vejez á un famoso calaverón que vivía solitario, y al parecer tranquilo, en una soberbia casa, cuidándose mucho y con un criado para cada dedo, porque la fortuna—caprichosa á fuer de mujer, diría algún escritor de esos que están tan seguros del sexo de la fortuna como yo del del mosquito que me crucificó esta noche—había dispuesto (sigo refiriéndome á la fortuna) que aquel perdulario derrochase primero su legítima, después las de sus hermanos, que murieron jóvenes, luego la de una tía solterona, y al cabo la de un tutor opulento y chocho por su pupilo. Y, por último, volvió á ponerle á flote el juego ú otras granjerías que se ignoran, cuando ya había penetrado en su cabeza la noción de que es bueno conservar algo para los años tristes. Desde que mi calavera (llamábase el vizconde de Tresmes) llegó á persuadirse de que interesaba á su felicidad no morir en el hospital, cuidó de su hacienda con la perseverancia del egoísmo, y no hubo capital mejor regido y conservado. Por eso, al tiempo que yo conocí al vizconde—poco antes de que